

Josep Conill

MÀRIUS SERRA – LA VANGUARDIA 19/12/2015

En octubre de 2008 estaba en Lleida para conducir la tertulia literaria con los galardonados de los Vallverdú, como hago desde hace una década. La vigilia los jurados de los premios de ensayo (Josep Vallverdú) y de poesía (Màrius Torres) se reúnen, deliberan y fallan. Como las bases exigen el anonimato, por la noche viene el señor notario (este año señora notaria) y, en presencia del jurado y la organización de la concejalía de cultura, abre las plicas de las obras ganadoras. Aquel 2008, al abrir la plica del ganador del premio de ensayo, el notario leyó Josep Cuní. Recuerdo el sudor frío con que acogí aquella noticia. Normalmente tengo que esforzarme para conseguir que los ensayistas y poetas galardonados hablen con una cierta desenvoltura desde el escenario del Auditori Enric Granados de Lleida ante siete u ochocientas personas. Tener que moderar una tertulia con el gran Cuní de contertulio era un reto mayúsculo. Pronto se aclaró el malentendido. El ganador el profesor castellanense Josep J. Conill, que había presentado el libro de aforismos *Submarins de butxaca*. Con el empuje de la adrenalina segregada durante el susto paronímico, me procuré un ejemplar y topé con un campo sembrado de delicias, amenas y punzantes. Conill es un osado explorador de las selvas del lenguaje, ha editado a Aracil y ha digerido a Fuster.

Ahora reincide con otro libro de aforismos que lleva un título detonante — *Sic transit gloria, mindundi*— estampado en una portada llamativa: una estatua ecuestre patas arriba ante un alto pedestal vacío. El libro lo edita en Valencia Joan Dolç bajo el sello In Púribus Llibres, una apuesta radical por la literatura fragmentaria que sale junto a las *Màximes i Pensaments* del moralista francés del siglo XVIII Chamfort. Siempre en versión catalana y castellana a la vez, en cuidadas ediciones y un gusto literario por la intertextualidad que emana de Montaigne. Los aforismos de Conill son una prueba clara que el ingenio puede ser buen combustible para las máquinas de pensar. Tal y como admite el autor en el preámbulo antes de ponerse a deambular, “la ironía es la lengua materna de mi libro”, pero también nos advierte que “el ingenio no es sinónimo de genio, ni tan solo de talento, y llega a cansar muy pronto cuando no descansa sobre el pensamiento sino sobre la mera manipulación retórica”. Conill rehúye aleccionarnos y practica lo que predica: “El hombre es una carcajada puesta de pie”. Su libro es una delicia. Se articula en once capítulos llenos de microcuentos, aforismos, facecias, reflexiones y máximas. Algunas centradas en el lenguaje (“En el principio era la ironía, causa incausada, caótica y crítica, de la proliferación del sentido”), la razón (“El conocimiento crea puentes; la ignorancia, abismos”), la omnipresencia del ego (“La desesperación absoluta consiste en estar solo y mal acompañado”) o el mundo mediático (“La actualidad es una apocalipsis de papel couché”). Pagaría por ver un cara a cara Cuní-Conill.